

Simón Bolívar: la oportunidad de Hispanoamérica en *El general en su laberinto*

Montserrat IGLESIAS BERZAL

Durante la primavera de 1989 se produjo el lanzamiento editorial de *El general en su laberinto*¹, la única novela histórica que hasta hoy ha publicado Gabriel García Márquez. Aunque en los primeros meses la obra tuvo la misma repercusión que desde 1968 han obtenido todas las publicaciones de García Márquez, y a pesar de que aparecieron innumerables reseñas críticas en prensa generalista y en revistas especializadas, tanto del mundo hispánico como del anglosajón y francófono, la novela ha preocupado mucho menos a los filólogos que otras manifestaciones creativas del autor hispanoamericano.

Este relativo silencio ha permitido que se obviara la importancia de este texto como esclarecedor de las posiciones ideológicas del Nobel colombiano. No se trata de volver a la aburrida, inútil y reiterada discusión sobre si García Márquez es comunista o no, o si ha defendido justa o injustamente el régimen de Fidel Castro². No deseo valorar la postura del escritor como personaje público, que, por otra parte, me parece completamente legítima, sino reflexionar sobre el

¹ Para este trabajo he utilizado la primera edición del texto: Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *El general en su laberinto*, Mondadori, 1989, Madrid, 286 p. Para evitar la proliferación inútil de notas, las páginas de las citas de la novela se encontrarán entre paréntesis y detrás de la cita correspondiente.

² Esta polémica no ha llegado a interesar ni al propio GARCÍA MÁRQUEZ, a quien no le preocupa contradecirse cuando trata estas cuestiones. En una nota de prensa del 10 de noviembre de 1982 «USA: mejor cerrado que entreabierto» niega que haya pertenecido en algún momento de su vida al Partido Comunista: «Se me atribuye el cargo frívolo de pertenecer, o haber pertenecido, a un partido comunista o a alguna organización afiliada. Podría ser cierto, y no tendría nada de que arrepentirme; pero el caso es que no lo es. Nunca he pertenecido a ningún partido de ninguna clase» (se puede encontrar en la recopilación Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *Notas de Prensa. Obra periodística* (5), Mondadori, 1999, Barcelona, pp. 405). Sin embargo, en la entrevista que se había publicado en forma de libro ese mismo año 82, bajo el título de *El olor de la guayaba*, afirma todo lo contrario: «A los veintidós años formé parte de una célula, por poco tiempo, en la que no recuerdo haber hecho nada de interés. No fui un militante propiamente dicho, sino un simpatizante» (Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ y Plinio APULEYO MENDOZA, *El olor de la guayaba*, Mondadori, 1994, Barcelona, p. 124).

hecho de que *El general en su laberinto* permite descubrir las verdaderas connotaciones de uno de los pilares de la creación garciamarquiana: el problema de América.

El escritor colombiano ha caído alguna vez en la trampa de intentar conciliar Literatura y política, con resultados tan poco gloriosos como *La mala hora* (1962). Sin embargo, ha sido siempre plenamente consciente de que esa unión es tan sincera como la de un matrimonio de conveniencia «Las personas de temperamento político, y tanto más cuanto más a la izquierda se sientan situadas, consideran un deber doctrinario presionar a los amigos escritores en el sentido de que escriban libros políticos. (...) La literatura, suponen (...), es un arma poderosa que no debe permanecer neutral en la contienda política (...). Acaso sea más valioso contar honestamente lo que uno cree capaz de contar por haberlo vivido que contar con la misma honestidad lo que nuestra posición política nos indica que debe ser contado, aunque tengamos que inventarlo»³.

Pese a todo, no es posible desligar al autor literario de sus convicciones, como él mismo hizo evidente en una nota de prensa de comienzos de los 80: «No puedo terminar sin hacer una precisión de honestidad. Desde hace muchos años, *El Tiempo* ha hecho constantes esfuerzos por dividir mi personalidad: de un lado, el escritor que ellos no vacilan en calificar de genial, y del otro lado, el comunista feroz que está dispuesto a destruir a su patria. Cometen un error de principio: soy un hombre indivisible, y mi posición política obedece a la misma ideología con que escribo mis libros»⁴.

Para descubrir esta unidad del hombre que piensa políticamente con el hombre que crea literariamente, acudiré a la ayuda que ofrece la obra periodística de nuestro autor⁵. De hecho, el periodismo en la creación del caribeño podría con-

³ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia», *La calle*, n.º 103, 9 de octubre de 1959, Bogotá, pp. 12-13, en Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *De Europa y América. Obra periodística* (3), Mondadori, Madrid, 1992, pp. 561-562.

⁴ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «Punto y final de un incidente ingrato», 8 de abril de 1981, en Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *Notas de prensa. Obra periodística* (5), Mondadori, 1999, Barcelona, p. 116.

⁵ El García MÁRQUEZ periodista ha estado preocupado en todo momento por los problemas de su país y de Hispanoamérica.

Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ ejerce el periodismo desde 1948, pero hasta 1954 no destacó como reportero. Curiosamente lo hace con un reportaje sobre la Marquesita de La Sierpe, una mujer que durante su supuesta existencia en el mundo de los vivos había tenido un poder absoluto sobre territorios y personas: «La Marquesita era una especie de gran mamá de quienes le servían en La Sierpe» (parte del reportaje se publica en la revista bogotana

siderarse el punto de unión necesario entre realidad y ficción. E incluso podríamos decir que *El general en su laberinto*, dentro de la tríada realidad-periodismo-literatura, se encontraría en la intersección de los dos últimos elementos. El periodismo es un reflejo de la realidad objetiva, y la obra garciamarquiana de ficción no ha estado nunca tan cerca de esa realidad como en *El general en su laberinto*.

Además, el poder y, en consecuencia, la política se han asentado en la obra de García Márquez como elementos constantes y plurisignificativos. Por lo pronto, la obra del colombiano está poblada de militares y de personajes que ostentan o detentan algún tipo de poder. En *La hojorasca* (1955), uno de los tres protagonistas/narradores es un viejo coronel retirado que ejerce sobre toda la colectividad una autoridad que no se corresponde a su situación real; de *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) se ha destacado la proverbial dignidad del coronel, que espera semana a semana su jubilación; *La mala hora* (1962) pre-

Lámpara, n.º 5, diciembre de 1952, pp. 15-18, pero la integridad del texto tiene que esperar a su publicación seriada en el diario colombiano *El Espectador*, bajo el título genérico «Un país de la Costa Atlántica. La Sierpe», entre marzo y abril de 1954).

Desde ese momento, el colombiano, además de trabajar como crítico cinematográfico en *El Espectador*, elaboraría diferentes reportajes por entregas: «Balance y reconstrucción de la catástrofe de Antioquia» (2, 3 y 4 de agosto de 1954); «El Chocó que Colombia desconoce» (29 y 30 de septiembre, 1 y 2 de octubre de 1954); «De Corea a la realidad. Veteranos de guerra, víctimas de la paz» (9 y 10 de diciembre de 1954); «Viacrucis de Bocas de Ceniza» (8, 9 y 10 de marzo de 1955); y el más importante, «La verdad sobre mi aventura» (catorce entregas del 5 al 22 de abril de 1955), cuyo texto sería publicado casi veinte años después en el libro *Relato de un naufrago* (1970). Todos ellos tienen en común su preocupación por las miserias de Colombia y su velada o explícita denuncia política. Actualmente se pueden encontrar en Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *Entre cochacos. Obra periodística* (2), Mondadori, 1992, Madrid, 691 p.

Durante su estancia en Europa, y en lo que a periodismo se refiere, redactó textos de escaso valor. Lo único importante de aquellos años apareció en 1960, cuando ya había vuelto a Hispanoamérica, en la revista *Cromos* de Bogotá. Se trataba de una serie de diez reportajes que glosaban sus experiencias e impresiones sobre los países comunistas europeos, que llevaban el título general «90 días en la Cortina de Hierro» (Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *De Europa y América. Obra periodística* (3), Mondadori, 1992, Madrid, pp. 492-560). No es casual que un año antes Fidel Castro hubiera triunfado en Cuba y que ya se le empezara a tildar de comunista. Tampoco se puede obviar que durante un tiempo García Márquez trabajaría para Prensa Latina, la agencia de prensa internacional del gobierno cubano.

Durante los 70, tras el éxito sin precedentes de *Cien años de soledad*, abandona su labor periodística, pero vuelve a ella después de *El otoño del patriarca*. Su regreso tenía un doble objetivo: no perder la práctica de la escritura mientras surgía el tema de una nueva novela y utilizar sus notas de prensa y sus reportajes como altavoz político de su proyección intelectual. Estos textos se encuentran recopilados respectivamente en Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *Notas de prensa. Obra periodística* (5), Mondadori, 1999, Barcelona, 634 p., y Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *Por la libre. Obra periodística* (4), Mondadori, 1999, Barcelona, 336 p. Cuando sea necesario citar textos de estos volúmenes, se hará mención a ellos de la siguiente manera: para *Notas de prensa* (Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, op. cit., 1999, p.) y para *Por la libre* (Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, op. cit. 1999:.).

senta el caso contrario a la dignidad de estos militares «perdedores» en la figura de un alcalde, con grado de teniente, que detenta cruelmente el poder a favor de las oligarquías; en varios cuentos de *Los funerales de la Mamá Grande* (1962) hay también ejemplos del mismo tipo: «Un día de estos», «La viuda de Montiel», «La siesta del martes», «En este pueblo no hay ladrones», «La prodigiosa tarde de Baltazar» y el fabuloso «Los funerales de la Mamá Grande»; en *Cien años de soledad* (1968) se crea el más significativo de los militares garciamarquianos, el coronel Aureliano Buendía; en *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada* (1972) encontramos cuentos con menciones explícitas a la política («Muerte constante más allá del amor», «Blacamán el bueno, vendedor de milagros» y «La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada») o a las venidas mesiánicas («Un señor muy viejo con unas alas enormes» y «El ahogado más hermoso del mundo»); obvio comentar las reflexiones sobre el poder de *El otoño del patriarca* (1975); y, por último, he de mencionar la afinidad de nuestra novela con «Buen viaje, señor presidente» de la colección de relatos cortos *Doce cuentos peregrinos* (1992).

De todas estas figuras bebe el Bolívar de *El general en su laberinto*. Hablaremos después sobre la construcción del personaje, pero es recomendable que se tenga en cuenta desde este momento el siguiente juicio de Carrascosa: «El tipo de personaje protagonista de *El general en su laberinto* ha aparecido ya en otros títulos de Márquez —*Cien años de soledad* y *El otoño del patriarca* son las más llamativas—; como en *Cien años...*, Márquez no deja claro que se trate de un dictador sin más, aunque lo sugiere; en el fondo la caracterización es positiva, puesto que se pretende que el lector se interese por la historia narrada: pero esto no impide a Márquez, como en un rastro de honestidad como hombre-escritor, apuntar también los rasgos negativos —hybris clásica, en cierto modo, por ejemplo—, como medio de destacar en principio su titanismo y, en segundo plano, su carácter humano, radicalmente humano»⁶.

La obra periodística, bien mediante la reflexión seria o a través de su inmenso anecdótico, también se preocupa por las luces y las sombras del poder «total». Pero, dejando a un lado otro tipo de cuestiones, lo que más me interesa en este momento son las notas de prensa y los reportajes de los años 70 y 80, ya que

⁶ Pablo MIGUEL CARRASCOSA, *El general en su laberinto*, Gabriel García Márquez, Castalia, Madrid, p. 30.

hacen explícitos dos aspectos que resultan imprescindibles para el análisis de *El general*. En primer lugar, llama la atención que García Márquez sólo haga semblanzas de personajes poderosos (política o militarmente) por los que siente simpatía⁷. Y, en segundo lugar, estos textos se redactan desde la óptica del poderoso, por lo que el tono resulta exculpatorio, incluso cuando hay un esfuerzo para que no ocurra así⁸.

Sin embargo, en *El general* hay un interés que trasciende la preocupación por el poder. García Márquez elige a Bolívar no sólo por su atrayente perfil de caudillo, sino también porque es un símbolo del problema de Hispanoamérica. Señala Méndez, entre otros, que lo que esta novela enfatiza no son las acciones del militar y el político, sino la lenta agonía de Simón Bolívar, el Libertador de Hispanoamérica. Al destacar la enfermedad del Libertador sobre sus proezas militares y políticas, el novelista quiere rescatar la dimensión humana de su personaje, no sólo para desmitificar su figura épica, sino también para, a través del retrato de su humanidad, llevar a cabo una reflexión literaria sobre el proyecto abortado de la unidad de América y sobre la violencia y el subdesarrollo secular de la patria bolivariana. El investigador indica que la intención de Márquez es ofrecer al lector el origen de las miserias de Hispanoamérica: «García Márquez reinserta el proyecto bolivariano en la América contemporánea y, aunque lo declara muerto e irrealizable por los que han usurpado la memoria del Libertador, lo propone nuevamente como meta para las masas y los sectores populares de

⁷ Se puede acudir a: «Edén Pastora» (22 de julio de 1981); «Torrijos» (12 de agosto de 1981); «Felipe» (5 de enero de 1983, sobre Felipe González); «Bateman» (27 de julio de 1983. Semblanza del guerrillero, comandante del M19, del que se dice, como del Bolívar de la novela, que es ubicuo: «Uno no tenía la impresión de estar hablando con un guerrero, sino con un iluminado que estaba dispuesto a apelar a cualquier medio —inclusive la guerra— para lograr un diálogo unificador. Tal vez a eso se debía la leyenda de su ubicuidad que creció y se ramificó hasta un tamaño mítico en los últimos años. Nadie sabía a ciencia cierta dónde estaba Jaime Bateman, pero la verdad es que estaba en todas partes» (p. 525)); «Jack, el desmesurado» (17 de agosto de 1983. Sobre el ministro de cultura en la era Mitterrand, Jack Lang); «Teodoro» (9 de noviembre de 1983. Retrato muy favorecedor de Teodoro Petkoff, candidato socialista a la presidencia de Venezuela. Ex guerrillero que en diez años había conseguido formar un partido político). Todos ellos en Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *op. cit.*, 1999⁹.

En cuanto a los reportajes se muestra interés por el mismo tipo de personajes: «Torrijos, cruce de mula y tigre» (agosto de 1977); «Los meses de tinieblas —El Ché en el Congo» (octubre de 1977); «De mis memorias: visita al Papa» (noviembre de 1986); «El amargo abril de Felipe» (noviembre de 1994. Otra vez sobre Felipe González); «El optimismo insaciable de Federico» (1995. Semblanza de Federico Mayor Zaragoza). Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *op. cit.*, 1999⁹.

⁸ V. Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «El cuento de los generales que se creyeron su propio cuento», *op. cit.*, 1999⁹, p. 58.

América Latina»⁹. De todo ello hablaré ampliamente a lo largo del artículo, pero quiero destacar aquí que la presente novela aborda tales temas porque el novelista caribe está convencido de que el deber del escritor es tratar lo que el sistema establecido calla. Las notas de prensa lo dejan claro: hay que contar aquello que las democracias capitalistas ocultan¹⁰, y, en particular, se deben denunciar «Los peligros que amenazan la soberanía y la identidad cultural de nuestras naciones»¹¹. Y, ¿cuáles son esos peligros?: la miseria, la violencia¹² y, sobre todo, la desunión entre los diferentes pueblos del subcontinente, que permite la larga sombra de un nuevo colonialismo: el de los Estados Unidos¹³.

⁹ José Luis MÉNDEZ, *Cómo leer a Gabriel García Márquez. Una interpretación sociológica*, Editorial Universidad de Puerto Rico, 1992, Río Piedras.

¹⁰ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «La comisión de Babel», 21 de noviembre de 1980, en Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *op. cit.*, 1999^b, pp. 49-51. Esta nota nos recuerda que el colombiano fue uno de los miembros de la famosa Comisión McBride que publicó el significativo informe de la UNESCO. Otras notas sobre la manipulación informativa son: «La realidad manipulada», 6 de enero de 1981, *ibid.*, pp. 250-253; «269 muertos», 14 de septiembre de 1983, *ibid.*, pp. 549-552; «¿Qué pasó con Granada?», 23 de noviembre de 1983, pp. 586-589.

¹¹ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «300 intelectuales juntos», 16 de septiembre de 1981, *ibid.*, p. 196. Durante los primeros ochenta escribió numerosos artículos en los que denunciaba las políticas de Reagan respecto a Hispanoamérica, éste es, en parte, uno de esos comentarios.

¹² Sobre todo enfocada en la situación de Colombia: Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «¿Quién le teme a López Michelsen?», 7 de octubre de 1981, *ibid.*, pp. 205-208 (aunque siempre le he admirado, nunca ha estado de acuerdo con sus ideas. Pero en ese momento, en el que Colombia atraviesa, según su opinión, un colapso total, podrá ser el hombre providencial que necesita la nación); «¡Manos arriba!», 23 de marzo de 1983, *ibid.*, pp. 460-462 (situación de progresivo armamento civil y militar de Colombia, con la predicción del general Torrijos de que así había empezado el problema de El Salvador (esta imagen volverá a recordarla siete años después en la reflexión que hizo para *El País* en 1989: «¿Qué es lo que pasa en Colombia?», *op. cit.*, 1999^a, pp. 289-302); «¿En qué país morimos?», 31 de agosto de 1983, *ibid.*, pp. 541-544 (a raíz de un reportaje de Germán Santamaría sobre el Magdalena Medio, reflexiona sobre la violencia descontrolada de la zona sin que nadie sepa los motivos); «El embrollo de la paz», 14 de diciembre de 1983, *ibid.*, pp. 595-597 (toda Colombia quiere la paz. La amnistía, inesperadamente, ha sido un fracaso porque casi nadie ha depuesto las armas, y la proposición de una tregua va por el mismo camino: «Todo el mundo dice que quiere la paz, pero nadie sabe dónde encontrarla»).

¹³ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «Mr. Enders atraviesa el espejo», 8 de julio de 1981, *ibid.*, pp. 157-160 (se niega a aceptar las soluciones mágicas para Hispanoamérica de Estados Unidos); «48 horas en Cancún», 28 de octubre de 1981, *ibid.*, pp. 216-219 (a cerca de la Reunión Internacional de Cooperación y Desarrollo que se celebró entre once países ricos y once pobres en Cancún. Comedida, ridiculización de Reagan y alegato a favor de los países pobres); «Nicaragua entre dos sopas», 25 de noviembre de 1981, *ibid.*, pp. 226-228 (acusa a EE.UU. de transmitir infundios para impedir que los ciudadanos elijan al gobierno que más les convenga y para bloquear gobiernos (como el de Cuba, Nicaragua, El Salvador) ante otros países. Teme una invasión estadounidense en América Central, y apunta que Nicaragua no es un país comunista, pero la actitud norteamericana lo está empujando en los brazos de la URSS); «Polonia: verdades que duelen», 30 de diciembre de 1981, *ibid.*, pp. 246-249 (constata el fracaso del régimen comunista en Polonia, pero lo que de verdad le preocupa es que si la URSS toma medidas contra Polonia, EE.UU. invada Cuba y Nicaragua); «EE.UU.: política de suposiciones», 24 de marzo de 1982, *ibid.*, pp. 288-290 (América Central se está convirtiendo para EE.UU. en un Vietnam político); «Sí, ya viene el lobo», 2 de febrero de 1983, *ibid.*, pp. 438-441 (contra la posible invasión de Nicaragua por parte de Estados Uni-

1. LA UNIDAD DE HISPANOAMÉRICA EN LA ESTRUCTURA DE EL GENERAL EN SU LABERINTO

Ciñéndome sólo a las sugerencias de posibles hipotextos e hipertextos, no podría dar una conclusión tajante de lo que nos quiere transmitir el texto literario. Hay que centrarse en su realidad inmanente para sacar conclusiones ciertas de su contenido¹⁴.

El estudio de la novela permite plantear muchas sugerentes reflexiones. Por las obligaciones que imponen la concisión y la claridad, me limito a comentar cuál creo que es el verdadero tema de la novela y cómo queda constituido el personaje de Bolívar en función de dicho tema.

1.1. *Anhelos de unidad en el esquema de la historia*

Parecería lógico que en *El general en su laberinto* el orden de los estratos del texto correspondiera al que tiene un libro de Historia convencional:

Historia (contenido del texto) — Narración (enunciación del texto) — Relato (el texto).

García Márquez juega con la suposición de que estamos ante la historia real de Simón Bolívar y de que un narrador, en el rol de historiador documentado, cuenta esta historia tal y como ocurrió. Muchos lectores, confundidos por las afir-

dos. Apuesta por la solución pacífica de los problemas de Hispanoamérica); «Bishop», 26 de octubre de 1983, *ibid.*, pp. 572-574 (lo menciono porque es fiel reflejo de la obsesión de Márquez por Estados Unidos. La nota comenta el derrocamiento traidor y el asesinato vil del presidente de la isla de Granada, Maurice Bishop, por parte de sus colaboradores, en nombre de un giro hacia la izquierda. Condena a los usurpadores y plantea que ninguna idea política justifica una actuación así, pero a la vez sugiere, sin decirlo explícitamente, que detrás pudiera estar la mano de los Estados Unidos, quienes se opusieron siempre a Bishop); «Un tratado para tratarnos mal», 28 de septiembre de 1983, *ibid.*, pp. 557-560 (contra el tratado de extradición y el tratado de asistencia legal mutua firmado por el gobierno de Turbay con los EE.UU.).

¹⁴ He utilizado para el análisis de la obra criterios fundamentalmente narratológicos. En el cuerpo del artículo el lector podrá reconocer con bastante facilidad terminología y conceptos de Gerard GENETTE (de sus obras *Figuras III*, Lumen, 1989, Madrid, 338 p., y *Nuevo discurso del relato*, Cátedra, 1998, Madrid, 117 p.), Mieke BAL (de su obra *Teoría de la narrativa (Una introducción a la Narratología)*, 1995, Madrid, 164 p.), Roland BARTHOS (de *La aventura semiológica*, Paidós Comunicación, 1997, Barcelona, 352 p.) y María del CARMEN BOBES (*Teoría general de la novela*, Gredos, 1985, Madrid, 395 p.).

maciones del autor¹⁵ y por sus propias expectativas, leyeron *El general en su laberinto* en clave de biografía histórica. Nada más lejos de la verdadera intención del texto. La historia de *El general* no es un trasunto de la biografía de Simón Bolívar, ni siquiera se trata de una biografía novelada. Estas páginas son una obra de ficción que pretende transmitir al lector un comentario claro sobre la gesta bolivariana.

Cuando estudiamos la materialidad del texto, se observa que, aunque teóricamente historia, narración y relato sean entidades independientes, no se puede sacar ninguna conclusión sin tener en cuenta sus interrelaciones. Digo esto porque acudir a la estructura del relato de *El general* demuestra que el esquema de la historia no sigue un orden lógico de tipo cronológico-secuencial (Bolívar nace y se forma — Bolívar lidera la Independencia — Bolívar fracasa y muere), como lo haría una biografía; ni siquiera remite al último período de la vida del Libertador (Bolívar quiere salir de América — Bolívar viaja hasta la Costa para salir de América — Bolívar no puede salir de América). Al contrario, el encadenamiento de la historia no remite a hechos concretos, sino a objetivos abstractos: Bolívar quiere conseguir la unidad de América — Bolívar lucha para obtener la unidad de América — Bolívar no logra la unidad de América. Empezando por la historia, y hasta el último constituyente de la novela, lo que importa en *El general en su laberinto* no es lo que se cuenta, sino el espíritu de lo que se cuenta. Eso es lo que intentaré demostrar en las páginas que siguen.

En primer lugar, hay que partir del hecho cierto de que el dominio temporal de la novela abarca toda la trayectoria vital de Bolívar. Sin embargo, la obra no es una biografía porque, de todo ese marco temporal, sólo se seleccionan los momentos en los que la unidad hispanoamericana y/o su destrucción son factores significativos.

Esta selección se puede realizar gracias al espacio temporal del relato primario: el viaje que, en los últimos meses de su vida, emprende un Simón Bolívar, enfermo y desengañado, con la intención de marcharse a Europa. Desde este punto, se rememoran los pasos anteriores del Libertador, que mayoritariamente cumplen los siguientes requisitos: se esfuerzan más por hacer una semblanza psi-

¹⁵ Entre los elementos paratextuales, el colombiano incluye un apartado de «Gratitudes» en el que cita todas sus supuestas y abundantísimas fuentes bibliográficas y documentales. Esto da a las páginas la consideración de exactitud y objetividad propia de las narraciones científicas.

cológica e ideológica del general que por realizar una veraz recopilación de los momentos fundamentales de su vida, y tienden a centrarse en los detalles de la anhelada unidad y no en los procesos históricos de la Independencia y los movimientos políticos posteriores.

Pese a ello, también se cifran instantes que sí han pasado a formar parte de los libros de Historia oficiales. Sin embargo, estos momentos o remiten a la gestación de la unidad hispanoamericana, como la estancia de Bolívar en Kingston en 1815; o justifican, en nombre de tal unidad, acciones de Bolívar que produjeron gran malestar, como el fusilamiento del líder Manuel Piar (232-234); o se refieren a los acontecimientos que desbarataron poco a poco el sueño bolivariano, como la enemistad con Santander y el golpe de septiembre de 1828 (pp. 60-64).

Para conseguir los objetivos ideológicos de la novela, más importantes aún que las analepsis propiamente dichas, son los sumarios analépticos. Poseen una doble función: dan coherencia a la historia, que deja de parecer un conjunto de piezas deslabazadas, y, a la vez, permiten al narrador, por el poder que le confiere su omnisciencia, ofrecer un juicio terminante sobre la figura de Bolívar como único hacedor de la Independencia y como elevado ideólogo de la unidad.

Propongo, a modo de ejemplo, dos de estos sumarios. El primero sintetiza lo ocurrido de 1815 a 1820; y el segundo se enreda en una interesante mezcla de tiempos que abarca de 1810 hasta 1830 (la actualidad de la historia primaria).

Había liberado ya del dominio español dieciocho provincias. Con los antiguos territorios del virreinato de Nueva Granada, la capitanía general de Venezuela y la presidencia de Quito, había creado la república de Colombia, y era a la sazón su primer presidente y general en jefe de sus ejércitos. Su ilusión final era extender la guerra hacia el sur, para hacer cierto el sueño fantástico de crear la nación más grande del mundo: un solo país libre y único desde México hasta Cabo de Hornos (pp. 55-56).

Era la cuarta vez que viajaba por el Magdalena y no pudo eludir la impresión de estar recogiendo los pasos de su vida. Lo habla surcado la primera vez en 1813, siendo un coronel de milicias derrotado en su país, que llegó a Cartagena de Indias desde su exilio de Curazao buscando recursos para continuar la guerra. La Nueva Granada estaba repartida en fracciones autónomas, la causa de la independencia perdía aliento popular frente a la represión feroz de los españo-

les, y la victoria final parecía cada vez menos cierta. En el tercer viaje, a bordo del bote de vapor, como él lo llamaba, la obra de emancipación estaba ya concluida, pero su sueño casi maniático de la integración continental empezaba a desbaratarse en pedazos. En aquél, su último viaje, el sueño estaba ya liquidado, pero sobrevivirá resumido en una sola frase que él repetía sin cansancio. «Nuestros enemigos tendrán todas las ventajas mientras no unifiquemos el gobierno de América».

De los tantos recuerdos compartidos con José Palacios, uno de los más emocionantes era el del primer viaje, cuando hicieron la guerra de liberación del río. Al frente de doscientos hombres armados de cualquier modo, y en unos veinte días, no dejaron en la cuenca del Magdalena ni un español monárquico (pp. 104-105).

En resumen, el «sumario vital» de la novela defiende la postura de que el único fin de Bolívar fue la consecución de una Hispanoamérica unida.

Los posibles partidarios de una biografía «literaturizada» podrían objetar que, aprovechando las licencias poéticas, el autor habría dado a su relato un orden y una interpretación subjetivos, ¿pero, cómo compatibilizar el hecho de la biografía con las inmensas elipsis temporales? Desde la fecha de su nacimiento hasta 1815 apenas hay menciones a sus dos viajes a Europa y su tempranísima orfandad y viudedad. Las guerras de Independencia prácticamente se obvian, y se prefiere la anécdota táctica a la generalidad estratégica. También su actividad política está mermada. Pero aún hay un argumento más que puede ofrecer luz sobre estas carencias.

Pese a que soy una mediocre conocedora de la figura de Bolívar, desde la primera lectura de *El general* me sorprendió que, dada la importancia de la unidad americana en el trasfondo de la obra, no apareciera una glosa clara del Congreso de Panamá de 1826. Por el contrario, hallamos perfectamente descrita una fiesta celebrada en Lima unos meses antes, en la que se celebraron con boato y alegría desbordada la gloria del personaje. Para entender tal contradicción, tuve que profundizar en una de las características recurrentes de cualquier texto literario garciamarquiano: en numerosas ocasiones el autor colombiano, a través de la manipulación del relato, sitúa fuera del texto los acontecimientos relevantes para la historia. Este recurso, que García Márquez utiliza magistralmente, pretende que el lector realice una operación de gradación: si el hecho insignificante que se cuenta fue así, el hecho importante que no se cuenta tuvo que ser extraordinario.

Los reticentes a ver en la historia un eje estructural temático y que, a pesar de reconocer esas características, quisieran probar que su esquema es narrativo-secuencial, apoyarían la posibilidad de que el libro no desarrollara una biografía de Bolívar, sino una parte de esa biografía: los últimos meses antes de su muerte. Para demostrar tal hipótesis, subrayarían la importancia en la novela del viaje de Bogotá a la costa, y las propias declaraciones de García Márquez en las «Gratitudes» y en numerosas entrevistas. Pese a que irían mejor encaminados que los que postulan la existencia de una biografía completa, la parcialidad de las anacronías frustra tal suposición¹⁶. Los cambios de velocidad del relato, además de ser un artificio rítmico, se erigen como decisiones interpretativas del narrador. Se podría resumir así la estructura narrativa respecto a la velocidad:

Externamente *El general en su laberinto* resulta bastante rígido: divide las 250 páginas en ocho bloques prácticamente idénticos en su número de folios (35, 29, 30, 31, 31, 29, 31, 34), pero cada fragmento tiene distintas duraciones temporales:

- El primer fragmento desarrolla la noche del 7 al 8 de mayo y la mañana del 8 de mayo de 1830, hasta el momento en el que Bolívar sale de la casa del ministro de Marina con la intención de no volver jamás a Santa Fe de Bogotá.
- El fragmento segundo describe lo ocurrido en los días 8, 9, 10 y 11 de mayo, los cuatro primeros días de camino que necesita para llegar desde Santa Fe de Bogotá a Honda, donde ha de embarcar para hacer el trayecto hasta la Costa a través del río Magdalena. La explicación de las noches es mucho más detallada que la de los días, ya que casi no se dan detalles sobre las características de la marcha y, por el contrario, se narrativizan todos los momentos de fiebre y delirio del enfermísimo Bolívar.
- El tercer fragmento narra la llegada a Honda, los tres días que pasa en esta ciudad y el trayecto por el río Magdalena de Honda a Mompox, es decir, ocupa el momento de la historia que va del 11 de mayo hasta un día indeterminado entre el 15 y el 20 de mayo. Aquí comienza a acele-

¹⁶ No obstante, aunque la circunstancia temporal no existiera, un esquema apoyado en el último viaje de Bolívar sería conceptualmente muy endeble, ya que habría que cambiar tres veces el motivo por el que se frustra la actualización: por un capricho; por una nueva circunstancia política; y por la muerte del personaje.

rarse el ritmo del relato, es decir, cada capítulo tiene el mismo número de páginas, pero cada vez se abarca una mayor cantidad de días y se incrementan el número y la duración de las elipsis.

- El cuarto desarrolla los hechos acaecidos desde un día indeterminado entre el 15 y el 20 de mayo hasta el 23 de mayo. Las únicas fechas que quedan totalmente definidas son el 21, el 22 y el 23 de mayo, es decir, las tres jornadas de barco desde Mompox a Turbaco, pasando por Zambrano. Lo que se cuenta con anterioridad al 21 son los días que pasa el general y su séquito en Mompox.
- El quinto fragmento abarca del 24 de mayo al 23 de junio. A excepción del primero, estos treinta días no se desarrollan explícitamente en las páginas, sino que se hace un resumen de los aspectos más relevantes de su estancia en Turbaco.
- El fragmento sexto vuelve a narrar un mes, del 24 de junio al 24 de julio (más o menos), en el que se produce el camino de Turbaco a Cartagena, la estancia en Cartagena y la marcha de varios de sus oficiales a Venezuela, donde intentarían mantener por la fuerza la integridad de Colombia.
- En el séptimo fragmento se produce una elipsis de más de un mes que no queda cifrada en ningún capítulo, ni siquiera en forma de analepsis; de este modo, sólo vemos la situación de Bolívar desde el 5 de septiembre al 16 de octubre, fechas en las que comenzó la última campaña militar del general para recuperar el poder y mantener la unidad entre Colombia y Venezuela. Tal campaña fue un fracaso personal para el Libertador por un doble motivo: porque el plan se fue al garete en su conjunto y porque el enfermo general no pudo intervenir activamente en él.
- No se pueden determinar las fechas del último, ni siquiera es posible saber si hay algún tipo de elipsis entre el anterior capítulo y éste último, pero en teoría iría desde la segunda quincena de octubre hasta un par de días antes de su muerte, el 17 de diciembre. Esto como final absoluto, porque en las prolepsis que se incluyen en estas páginas se repasan los funerales y las reacciones de los días posteriores a la muerte del general, y el futuro de los partidarios del Libertador en las décadas posteriores).

La aceleración progresiva de la historia, la elisión de semanas e incluso meses enteros, junto al detenimiento moroso en algunos momentos concretos, vuelven a cerciorar la idea que vengo defendiendo desde el comienzo de este epígrafe: el esquema de la historia no responde a los hechos, sino a un tema. Y este tema es el esfuerzo por la unidad hispanoamericana. Obsérvese que el relato se mueve con mucha parsimonia al principio, cuando se quiere dejar claro que Bolívar está destrozado y enfermo, y que la sociedad es insensible a sus glorias pasadas y a sus pesares presentes, pero a partir del capítulo cuarto el tiempo se acelera y se hace cada vez más indeterminado. El ritmo sólo frena y se concreta cuando se reflejan determinados comportamientos que juzgan la catadura moral de Bolívar, de sus colaboradores y de la sociedad que los rodea, y, aún más importante, la velocidad se serena en los días en los que llega al poder Urdaneta y se traza el plan de recuperación de la unidad.

1.2. La construcción del personaje en la novela

Todo texto literario es, por naturaleza, plurisignificativo, y no quiero que se crea que propongo una explicación única para el contenido de *El general en su laberinto*. Mi deseo es demostrar que la mayoría de los elementos que configuran el texto y las interrelaciones que se producen entre ellos intentan dar al lector una valoración positiva del sueño de unidad hispanoamericana. En ese contexto, la construcción del personaje Simón Bolívar es una pieza fundamental del puzzle garciamarquiano.

Estas páginas se esfuerzan por parecer objetivas y, de hecho, no ceden a la deificación del personaje que se ha producido en la historiografía americana. Se muestran las dos caras de un individuo torturado y contradictorio, que no tiene relación alguna con la imagen de cónsul romano que se ha intentado transmitir de él:

El más antiguo de sus retratos era una miniatura anónima pintada en Madrid cuando tenía dieciséis años. A los treinta y dos le hicieron otro en Haití, y los dos eran fieles a su edad y a su índole caribe. Tenga una línea de sangre africana, por su tatarabuelo paterno que tuvo un hijo con una esclava, y era tan evidente en sus facciones que los aristócratas de Lima lo llamaban El Zambo. Pero a medida que su gloria aumentaba, los pintores iban idealizándolo, lavándole la sangre, mitificándolo, hasta que lo implantaron en la memoria oficial con el perfil romano de sus estatuas (p. 186).

lación y tristeza que se convierten en recurrentes *leitmotius*: por ejemplo, el hecho de que llueva en todos los lugares por los que pasa el general, o que éste siempre tenga que ir arropado con mantas debido a una continua sensación de frío.

La referencia a sus penurias físicas obtiene la captatio benevolentiae del lector hacia el protagonista, pero no sería una fuente de admiración. Lo que logra ensalzar el dibujo de Bolívar es que junto a esos indicios de mala salud, debilidad, incluso de genio agrio, se contraponen otros indicios muy positivos, que le presentan resurgiendo siempre de sus cenizas: «El general se agarró sin fuerzas de las asas de la bañera, y surgió de entre las aguas medicinales con un ímpetu de delfín que no era de esperar en un cuerpo tan desmedrado» (p. 11); «No llevaba ninguna insignia de su rango ni le quedaba el menor indicio de su inmensa autoridad de otros días, pero el halo mágico del poder lo hacía distinto en medio del ruidoso séquito de oficiales» (p. 40).

Más efectivo aún que cualquier mensaje escondido tras los indicios de las descripciones son las intervenciones del propio héroe, en las que se declara consciente de su lamentable situación. En este sentido, interpela a un extravagante alemán que deseaba capturar algún monstruo para mostrarlo en Europa: «“Lléveme a mí”, le dijo el general, “le aseguro que ganará más dinero mostrándome en una jaula como al más grande majadero de la historia”» (p. 103).

El Libertador parece que está siempre a punto de morir, pero saca fuerzas de donde no las tiene para seguir luchando, para ofrecer lo mejor de sí mismo. Tal es su milagroso esfuerzo, que consigue domeñar hasta las turbulencias naturales: «Las bogas reaccionaron ante la voz descascarada pero todavía plena de una autoridad irresistible, y él se hizo cargo del mando sin darse cuenta, hasta que superó la crisis» (p. 96). Pero todos estos intentos de regeneración tienen un único objetivo: la recuperación del gran país hispanoamericano:

En estos días había repetido con un énfasis renovado una vieja frase suya. «Yo estoy viejo, enfermo, cansado, desengañado, hostigado, calumniado y mal pagado». Sin embargo, nadie que lo hubiera visto se lo habría creído. Pues mientras parecía que sólo actuaba en maniobras de gato escaldado para fortalecer al gobierno, lo que hacía en realidad era planear pieza por pieza, con autoridad y mando de general en jefe, la minuciosa máquina militar con que se proponía recuperar a Venezuela y empezar otra vez desde allí la restauración de la alianza de naciones más grande del mundo (p. 209).

De este modo, el lector llega a la conclusión de que todas las contradicciones son fruto del deseo de unidad:

Prosiguió con un solo aliento. «Ya sé que se burlan de mí porque en una misma carta, en un mismo día, a la misma persona le digo una cosa y la contraria, que si aprobé el proyecto de monarquía, que si no lo aprobé, o que si en otra parte estoy de acuerdo con las dos cosas al mismo tiempo». Lo acusaban de ser veleidoso en su modo de juzgar a los hombres y de manejar la historia, de que peleaba contra Fernando VII y se abrazaba con Morillo, de que hacía la guerra a muerte contra España y era un gran promotor de su espíritu, de que se apoyó en Haití para ganar y luego lo consideró como un país extranjero para no invitarlo al congreso de Panamá, de que había sido masón y leía a Voltaire en misa, pero era el paladín de la iglesia, de que cortejaba a los ingleses mientras se iba a casar con una princesa de Francia, de que era frívolo, hipócrita, y hasta desleal, porque adulaba a sus amigos en su presencia y denigraba de ellos a sus espaldas. «Pues bien. todo eso es cierto, pero circunstancial», dijo, «porque todo lo he hecho con la sola mira de que este continente sea un país independiente y único, y en eso no he tenido ni una contradicción ni una sola duda». Y concluyó en caribe puro.

«¡Lo demás son pingadas!» (pp. 206-207).

El autor sabía qué retrato quería ofrecer de Bolívar y consigue lo que desea. En cambio, ningún empeño hubiera resultado útil si esta imagen no se revistiera de suficiente credibilidad. Para ello manipula el instrumento básico de la enunciación. En *El general en su laberinto* nos encontramos con un narrador heterodiegético (no es un personaje de la acción), extradiegético (cuenta la historia desde un nivel superior a ésta), pero que no hace uso de una focalización 0, es decir, no utiliza sus capacidades de narrador omnisciente, sino que se limita a la visión que de la historia tienen los diferentes personajes que rodean a Simón Bolívar. Por lo tanto, el texto es uno de los mejores ejemplos de focalizaciones internas variables: «En *El general* todos los personajes contribuyen a entender la personalidad del Libertador»¹⁸. Son focalizadores todas las personas de su entorno, como Manuela Sáenz, y su séquito, como José Palacios, el irlandés Belford Hilton Wilson, Agustín de Iturbide (hijo del general de la Independencia que se declaró emperador de México), Fernando Bolívar (su escribano y sobrino) o el ge-

¹⁸ Isabel RODRÍGUEZ DE VERGARA, *El mundo satírico de Gabriel García Márquez*, Pliegos, 1991, Madrid, p. 198.

neral José María Carreño. Y a todos ellos hay que añadir las personas que se va encontrando durante el viaje, las comisiones de bienvenida, los propietarios de las casas que le acogen, las visitas, las antiguas amantes, e incluso los personajes que aparecen en las analepsis, pues éstas también están narradas de este modo. Todo ello produce la sensación en el receptor de que Bolívar no era así porque lo diga un narrador abstracto, sino que así vieron a Bolívar todos los que lo conocieron.

Sin embargo, el narrador sale de esos límites autoimpuestos cuando lo cree conveniente. Lo demuestra el hecho de que estudiosos como Carrascosa, a la vez que reconocen una narración en manos de los personajes, también se dan cuenta de la presencia de un narrador omnisciente: «Lo que es cierto es que si todo artista crea su público, la obra de Márquez nos va arrebatado con la materia de la propia narración, nos vence para la “causa” (para la ficción en sí), y nos arrastra a recrearla y crearla de la mano del narrador omnipresente —objetivo, parece que es casi un personaje que conversa con nosotros y sirve de demiurgo o intermediario entre el mundo real y el mundo novelado—»¹⁹.

El narrador tiene lícitamente estas facultades. Es capaz, sin que el lector tenga derecho a acusarle de estar haciendo trampa, de focalizar de manera omnisciente o a través de los personajes. Al mismo tiempo, puede hacer dejación de estas facultades, y, mediante paralipsis, contar menos de lo que en realidad sabe, o, al contrario, aparecer repentinamente como el dominador absoluto de la historia y dar una conclusión terminante de lo que está pasando. En realidad, el narrador plantea: «este hecho lo han visto de esta manera todos estos personajes, y te lo expongo, lector, para que veas que no es que lo diga yo, sino que también lo han visto los otros; pero, en realidad, yo, que soy el narrador que puede verlo todo, sé que ha pasado así».

Desde el primer capítulo se utilizan semejantes artificios. En él se intenta convencer al receptor de que la intención de Bolívar era realmente marcharse del país, y que su amenaza de irse (que no cumplió) no era una artimaña política para recuperar el poder. García Márquez presenta los hechos históricos que conducen a pensar que todo era una nueva intriga bolivariana: no tiene ni dinero ni siquiera

¹⁹ Pablo CARRASCOSA MIGUEL, *op cit*, p. 51.

el pasaporte en regla para marcharse. Además, en otras muchas ocasiones había dicho que se iba («*Sus renunciaciones recurrentes estaban incorporadas al cancionero popular*» (p. 22)) y después se había quedado en el continente americano para solidificar o volver a alcanzar el poder:

Lo acusaban de ser el promotor oculto de la desobediencia militar, en un intento tardío de recuperar el poder que el congreso le había quitado por voto unánime al cabo de doce años de ejercicio continuo. Lo acusaban de querer la presidencia vitalicia para dejar en su lugar a un príncipe europeo. Lo acusaban de estar fingiendo un viaje al exterior, cuando en realidad se iba para la frontera de Venezuela, desde donde planeaba regresar para tomarse el poder al frente de las tropas insurgentes. Las paredes públicas estaban tapizadas de papeluchas, que era el nombre popular de los pasquines de injurias que se imprimían contra él, y sus partidarios más notorios permanecieron escondidos en casas ajenas hasta que se apaciguaron los ánimos. La prensa adicta al general Francisco de Paula Santander, su enemigo principal, había hecho suyo el rumor de que su enfermedad incierta pregonada con tanto ruido, y los alardes machacones de que se iba, eran simples artimañas políticas para que le rogaran que no se fuera. Esa noche, mientras Manuela Sáenz le contaba los pormenores de la jornada borrascosa, los soldados del presidente interino trataban de borrar en la pared del palacio arzobispal un letrero escrito con carbón. «Ni se va ni se muere». El general exhaló un suspiro (p. 21).

Pese a todo, el narrador intenta disolver la evidencia y postular por las sinceras intenciones del protagonista. Para dar fiabilidad a la interpretación acude a la opinión de quienes mejor lo conocen: «De todos sus conocidos ella (Manuela Sáenz) era la única que lo creía: esta vez era verdad que se iba. Pero también era la única que tenía al menos un motivo cierto para esperar que volviera» (p. 14). Sin embargo, es el narrador el que determina lo que ocurre, no sólo otorgando más credibilidad a unos testimonios que a otros, sino tomando él mismo partido:

Era el fin. El general Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios se iba para siempre. Había arrebatado al dominio español un imperio cinco veces más vasto que las Europas, había dirigido veinte años de guerras para mantenerlo libre y unido, y lo había gobernado con pulso firme hasta la semana anterior, pero a la hora de irse no se llevaba ni siquiera el consuelo de que se lo creyeran (p. 44).

No importa lo que sepa el narrador, porque lo que de verdad parece significativo es lo que está dispuesto a transmitir. Combinando poder ilimitado sobre la historia y focalización limitada de los personajes, logra un control dictatorial

sobre todos los datos, sin perder un ápice de verosimilitud. Esa es la razón para que no proliferen los narradores intradieгéticos y, en consecuencia, para que no se generen relatos metadieгéticos dentro de la narración. El tipo de focalización y la frecuencia de sueños y recuerdos serían propicios para permitir que otra voz contara ciertos hechos, pero éstos siguen perteneciendo mayoritariamente a la voz del narrador. De este modo, el absorbente narrador hace de ellos relatos metadieгéticos reducidos o pseudodieгéticos. Es decir, cuenta como dieгético, en el mismo nivel narrativo que la historia que lo encuadra, el relato que en origen sería metadieгético. Así, al no perder el control sobre cada historia, puede narrarlas como mejor le convenga.

Esto sucede con el encuentro en Jamaica entre Bolívar y Miranda Lindsay en 1815, que se tiene por uno de los mayores logros de la novela («Pero el pasaje amoroso más intenso y bello del libro —uno de sus momentos memorables— es el que narra su primer encuentro con Miranda Lindsay (...). Es una deliciosa historia que mezcla romance, suspenso e intriga política con el equilibrio de un relato clásico. El arte de García Márquez hace de esas páginas un medallón perfecto, un cuentecillo insertado en la novela»²⁰). No es difícil suponer que son Miranda o Bolívar quienes recuerdan el momento en el que se conocieron, cuando quince años después la vida vuelve a cruzar sus caminos. A pesar de esto, ni la señora Lindsay ni el general son los encargados de vocalizar el recuerdo, sino que es el narrador extradieгético el que se ocupa de él, ya que parecía demasiado arriesgado poner en boca de otro un instante en el que se exponen las ideas de Simón Bolívar antes de emprender la segunda y definitiva campaña de Independencia. Esta pequeña historia ficticia (Miss Lindsay es un personaje inventado) parece extractar el contenido de la «Carta de Jamaica»²¹. Sin embargo, en virtud de sus capacidades de enunciador, se dice de este texto histórico lo que más conviene al propósito de la obra:

²⁰ José MIGUEL OVIEDO, «García Márquez en el laberinto de la soledad», en Túa Blesa, *op. cit.*, p. 79.

²¹ La *Carta de Jamaica* es uno de los textos fundamentales de la historia de Hispanoamérica: «Esta es una de varias cartas famosas en la historia latinoamericana, desde la de Colón a Luis de Santángel, las de Cortés a Carlos V, la de Aguirre a Felipe II, y la de Martí a Manuel MERCADO, escrita el día antes de su muerte» (Roberto GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, «García MÁRQUEZ y la voz de Bolívar», en Juan Cobo (comp.) y Luis GARCÍA NÚÑEZ (ed.), *op. cit.*, p. 318). La *Carta de Jamaica* aparece en un periódico de Kingston el 6 de septiembre de 1815 como contestación a otra supuesta carta de un conocido de Bolívar, interesado por el estado y el futuro en Hispanoamérica. La carta responde a las preguntas de este caballero, del que no se nos dice el nombre, ni la ocupación, ni las causas de su interés por el subcontinente, aunque se puede suponer que quizás fuera, si de verdad hubiera existido en algún momento, un futuro financiador de las empresas políticas de Bolívar: «me conceptúo obligado a prestar atención a la apreciable carta de V., no menos que a sus filantrópicas miras (...)» (p. 150).

Habló sin reposo, con un estilo docto y declamatorio, soltando sentencias proféticas todavía sin cocinar, muchas de las cuales estarían en una proclama épica publicada días después en un periódico de Kingston, y que la historia había de consagrar como La Carta de Jamaica. «No son los españoles, sino nuestra propia desunión lo que nos ha llevado de nuevo a la esclavitud», dijo. Hablando de la grandeza, los recursos y los talentos de América, repitió varias veces. «Somos un pequeño género humano». De regreso a casa, su padre le preguntó a Miranda cómo era el conspirador que tanto inquietaba a los agentes españoles de la isla, y ella lo redujo a una frase: «He feels he's Bonaparte» (p. 85).

Las anteriores líneas condensan tres planteamientos: el primero de ellos indica que es la desunión entre los hispanoamericanos la que ha hecho fracasar el inicial intento de Independencia. Esta desunión aparece desarrollada en la *Carta de Jamaica*, pero no como la causa del fracaso, que se achaca al hecho de que los promotores de la Independencia no tenían suficiente pericia política, por no haber desempeñado cargos públicos durante los siglos de Colonia española²².

En realidad, la idea de unión y desunión no aparece en el citado documento histórico tal y como se entiende en la novela. En la *Carta de Jamaica* la unión de Hispanoamérica es una saludable utopía, pero el momento de la unión sólo llegará tras muchos años de Independencia: «¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración (...)»²³.

En el presente, los esfuerzos deben estar dirigidos hacia la formación de gobiernos estables y posibles: «Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible, no me atrevo a desearlo; y menos deseo aún una monarquía universal de América, porque este proyecto sin ser útil,

²² Cito de Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, Ediciones de la Presidencia de la República, 1972, Caracas, pp.150-176.

²³ *Ibid.*, p. 173.

es también imposible. Los abusos que actualmente existen no se reformarían, y nuestra regeneración sería infructuosa. Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternos que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra»²⁴. Y tras esto apunta la conveniencia de la división de Hispanoamérica en 15 o 17 Estados independientes con formas de gobierno distintas, dependiendo de su realidad histórica, política y social. Por lo tanto, el anhelo de unidad no es todavía un objetivo perentorio de Bolívar como daría a entender este fragmento.

En segundo lugar, es cierto que la *Carta* se refiere a Hispanoamérica como un pequeño género humano, pero no por sus riquezas y potencialidades, sino por las incógnitas de su futuro: «¿Se pudo prever, cuando el género humano se hallaba en su infancia rodeado de tanta incertidumbre, ignorancia y error, cuál sería el régimen que abrazaría para su conservación? ¿Quién se habría atrevido a decir tal nación será república o monarquía, esta será pequeña, aquella grande? En mi concepto, esta es la imagen de nuestra situación. Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares; nuevos en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejos en los usos de la sociedad civil»²⁵.

Por último, habría que discutir si en ese momento Simón Bolívar se sentía ya como un Napoleón Bonaparte de Hispanoamérica. Es posible que en los años posteriores el Libertador cobrara cierta conciencia de enviado o incluso de salvador, pero en el texto de la *Carta* rechaza que cualquier actuación individual sea capaz de solucionar todos los problemas del subcontinente.

En resumidas cuentas, el Bolívar real de 1815 no es incompatible con el Bolívar personaje de 1815, pero ni mucho menos es el mismo. Y quizás podríamos extender esta afirmación a la relación entre personaje histórico y personaje de ficción en toda la novela. No quiero obviar lo que García Márquez dijo en su día del César de Thornton Wilder: «A fin de cuentas, *Los idus de marzo* es sólo una hipótesis sobre la personalidad de César. Pero es una hipótesis que tal vez supere la realidad»²⁶.

²⁴ *Ibid.*, p. 167.

²⁵ *Ibid.*, p. 159.

²⁶ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «Los idus de marzo», 30 de septiembre de 1981, en Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *op. cit.*, 1999, p. 204.

Por lo tanto, García Márquez utiliza su libro para destrozarse la imagen oficial de Bolívar, más, a la vez que lo desmitifica humanamente, se empeña en que el lector lo aprecie y lo admire como el paladín único y la fuerza irrefrenable, más allá de la enfermedad y la muerte, de la unidad hispanoamericana.

2. LA PROYECCIÓN DEL MITO DE SIMÓN BOLÍVAR

Llegados a este punto deberíamos preguntarnos si esta nueva imagen de Simón Bolívar no es, en verdad, un nuevo mito. Que *El general en su laberinto* no sea una «novela total» como *Cien años de soledad*, no quiere decir que haya una renuncia a los contenidos míticos²⁷.

Los mitos siguen siendo posibles en el entramado de esta novela histórica, tanto por su condición de novela, como por su apelativo de histórica. Si acudimos a Mircea Eliade hemos de reconocer que *El general en su laberinto* tiene las capacidades míticas de toda prosa narrativa de ficción: «La prosa narrativa, la novela especialmente, ha ocupado en las sociedades modernas el lugar que tenía la recitación de los mitos y de los cuentos en las sociedades tradicionales y populares»²⁸.

Además, si *El general* es de verdad un comentario a la actual situación hispanoamericana, como subraya González Echevarría, ¿no es lógico pensar que el lector contemporáneo hispanoamericano pueda enfrentar esta narración sobre Bolívar como un mito de su propia conciencia? Más aún cuando el tiempo de la novela en cuestión se manipula, tal y como se ha visto en epígrafes anteriores, con connotaciones antirrealistas: «Se adivina en la literatura, de una manera aún más fuerte que en las otras artes, una rebelión contra el tiempo histórico, el deseo de acceder a otros ritmos temporales que no sean aquel en el que se está obligado a vivir y a trabajar»²⁹.

²⁷ Tanto Teodosio FERNÁNDEZ («Entre el mito y la historia: las últimas obras de Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ», en Túa Blesa, *op. cit.*, pp.47-53) como Roberto GONZÁLEZ ECHEVARRÍA (art. cit., pp. 311329) apuntan, desde diferentes perspectivas, que García Márquez renunció en *El general en su laberinto* a ofrecer explicaciones totales de la realidad hispanoamericana y, de ese modo, renunció a las reinterpretaciones trascendentes de la mencionada realidad.

²⁸ Mircea ELIADE, *Aspectos del mito*, Paidós, 1988, Barcelona, p. 162.

²⁹ *Ibid.*, p. 163.

El tiempo en *El general* no sólo tiene connotaciones míticas por su tratamiento novelado, sino también porque posee como referente un tiempo histórico que se remonta a los orígenes de la Hispanoamérica libre. Eliade, al plantear las relaciones entre mito e historiografía, aseguró que el tiempo de los orígenes culturales es el que más se parece al tiempo mítico: «La verdadera *anámnesis* historiográfica desemboca, en un tiempo primordial, el tiempo en que los hombres echaban los cimientos de sus comportamientos culturales, a pesar de creer que estos comportamientos les habían sido revelados por seres sobrenaturales»³⁰.

2.1. La destrucción del mito antiguo

García Márquez aprovecha este potencial para crear su propio mito de Bolívar. Para ello, debe empezar destruyendo el mito oficial, que no es una historia funcional como debe serlo un mito, sino un cuento muerto, de compromiso, un mito para acallar y complacer conciencias. No es extraño que García Márquez en su producción periodística postule que el cambio de la realidad presente ha de empezar con la transformación de la enseñanza de la Historia: «Somos conscientes de nuestros males, pero nos hemos desgastado luchando contra los síntomas mientras las causas se eternizan. Nos han escrito y oficializado una versión complaciente de la historia, hecha más para esconder que para clarificar, en la cual se perpetúan los vicios originales, se ganan las batallas que nunca se dieron y se sacralizan glorias que nunca merecimos. Pues nos complacemos en el ensueño de que la historia no se parezca a la Colombia en que vivimos, sino que Colombia termine por parecerse a su historia escrita.

Por lo mismo, nuestra educación conformista y represiva parece concebida para que los niños se adapten por la fuerza a un país que no fue pensado para ellos (...). Semejante despropósito restringe la creatividad y la intuición congénitas (...) hasta que los niños olvidan lo que sin duda saben de nacimiento: que la realidad no termina donde dicen los textos, que su concepción del mundo es más

³⁰ *Ibíd.*, p. 121. Es más, la relación de la novela hispanoamericana con la historiografía de los orígenes (sobre todo la del Descubrimiento) ha sido estudiada por numerosos investigadores. Incluso el público llega a dar más fiabilidad a la interpretación histórica del novelista que a la del propio historiador: «Todas estas características hacen que los americanos se fíen más de la visión e interpretación de su historia que dan las novelas, que la que dan los libros de Historia que, por las diversas manipulaciones, requieren de más actos de fe que las propias novelas» (José Miguel Oviedo, art. cit., p. 78).

acorde con la naturaleza que la de los adultos, y que la vida sería más larga y feliz si cada quien pudiera trabajar en lo que le gusta, y sólo en eso»³¹.

La destrucción del mito que no sólo debe alcanzar a Bolívar (remito a todo lo dicho en este artículo sobre la construcción del personaje en la novela), sino también a la identidad del ser hispanoamericano. Tanto en su obra periodística como en la novela hay una voluntad de «abajamiento» del alto, quizás excesivo, concepto que el hispanoamericano tiene de sí mismo, y se centra especialmente en la complacencia del nacionalismo colombiano. En la actualidad, el colombiano está conduciendo al marasmo a su patria. En un largo reportaje sobre el narcotráfico y la guerrilla en Colombia, que apareció pocos meses después de la publicación de la novela, y en el que se denuncia cómo ha sido imposible la solución de los conflictos por la obcecación de todas las partes, dice: «Todo hace pensar que la guerra será larga, ruinosa y sin porvenir. Y lo peor de todo: sin alternativas. A no ser que surja alguna imprevista y feliz: uno de esos disparates iluminados que tantas veces salvaron a la América Latina de la disolución final (...). No sea que antes de que termine la guerra de nunca acabar se nos acabe de acabar el país»³². De igual modo, el colombiano/hispanoamericano contemporáneo de Simón Bolívar frustró la idea de unidad hispanoamericana: «“En suma”, concluyó el general, “todo lo que hemos hecho con las manos lo están desbaratando los otros con los pies”» (p. 26).

La descripción de la salida de Bolívar de Santa Fe de Bogotá está cargada de simbolismo. El narrador se esfuerza por hacer ver que Bogotá despidió a su Libertador con menos consideración que al virrey español Juan Sámalo, a quien no le faltó «quien lo llorara desde los balcones y le tirara una flor y le deseara de todo corazón mar tranquila y próspero viaje» (p. 19). Bogotá desprecia a Bolívar a pesar de que ésta ha sido la ciudad predilecta del general: «Nadie hubiera creído que él fuera el mismo de entonces, ni que fuera la misma aquella ciudad taciturna que abandonaba para siempre con precauciones de forajido. En ninguna parte se había sentido tan forastero como en aquellas callecitas yertas con casas iguales de tejados pardos y jardines íntimos con flores de buen olor, donde se cocinaba a fuego lento una comunidad aldeana, cuyas maneras relamidas y cuyo

³¹ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «Por un país al alcance de los niños», Comisión de Ciencia, Educación y Desarrollo del Gobierno colombiano, Bogotá, 1994, en Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *op. cit.* 1999, pp. 314-315.

³² Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «¿Qué es lo que pasa en Colombia?», *El País*, 5 de noviembre de 1989, en Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *op. cit.*, 1999, p. 301.

dialecto ladino servían más para ocultar que para decir. Y sin embargo, aunque entonces le pareciera una burla de la imaginación, era esa la misma ciudad de bramas y soplos helados que él había escogido desde antes de conocerla para edificar su gloria, la que había amado más que a ninguna otra, y la había idealizado como centro y razón de su vida y capital de la mitad del mundo» (p. 48). Por ello, se puede explicar que al comienzo del texto se juzgue a la ciudad de una manera tan terminante: «Está lloviendo desde las tres de la madrugada».

“Desde las tres de la madrugada del siglo diecisiete”, dijo el general con la voz todavía perturbada por el aliento acre del insomnio. Y agregó en serio: “No oí los gallos”.

“Aquí no hay gallos”, dijo José Palacios.

“No hay nada”, dijo el general. “Es tierra de infeles”.

Pues estaban en Santa Fe de Bogotá» (pp. 12-13).

Quizás donde más claramente se refleja esta destrucción del mito del «ser hispanoamericano/colombiano» es en el desprecio de otro mito de la sociedad colombiana: la figura del general Santander. A Santander se le ha considerado el padre de la nación colombiana, y en la novela no se desperdicia ocasión para hacer notar su estrechez de miras:

«Durante la campaña de 1813, Lorenzo Cárcamo había sido testigo de un violento altercado entre el general y Santander, cuando éste se negó a obedecer la orden de cruzar la frontera para liberar a Venezuela por segunda vez. El general Cárcamo seguía pensando que aquél había sido el origen de una amargura recóndita que el curso de la historia no hizo más que recrudecer.

El general creía, al contrario, que ése no fue el final sino el principio de una grande amistad. Tampoco era cierto que el origen de la discordia fueran los privilegios regalados al general Páez, ni la desventurada constitución de Bolivia, ni la investidura imperial que el general aceptó en el Perú, ni la presidencia y el senado vitalicios con que soñó para Colombia, ni los poderes absolutos que asumió después de la Convención de Ocaña. No: no fueron esos ni otros tantos los motivos que causaron la terrible ojeriza que se fue agriando a través de los años, hasta culminar con el atentado del 25 de septiembre. “La verdadera causa fue que Santander no pudo asimilar nunca la idea de que este continente fuera un solo país”, dijo el general. “La unidad de América le quedaba grande”» (p. 125).

«Los otros» (las mezquindades de los individuos y los grupos) han cercenado la utopía de la «unidad de Hispanoamérica». Sin embargo, la destrucción del mito oficial también alcanza a los forjadores de aquella utopía. Bolívar concluye en el último capítulo:

No fue la perfidia de mis enemigos sino la diligencia de mis amigos lo que acabó con mi gloria. Fueron ellos los que me embarcaron en el desastre de la Convención de Ocaña, los que me enredaron en la vaina de la monarquía, los que me obligaron primero a buscar la reelección con las mismas razones con que después me hicieron renunciar, y ahora me tienen preso en este país donde ya nada se me ha perdido» (p. 238)33.

En consecuencia, estas páginas desmontan el mito de la Independencia, al hacer evidente que la idea primera de la Independencia ha fracasado. Se han independizado de España, pero no de los prejuicios propios y heredados. Se deja ver que la Independencia ha traído miseria material:

Las familias ricas de los tiempos del oro habían huido. Los antiguos esclavos habían quedado al garete en una libertad inútil, y los palacios de marqueses tomados por la pobreza soltaban en el muladar de las calles unas ratas tan grandes como gatos. El cinturón de baluartes invencibles que don Felipe II había querido conocer con sus aparatos de largavista desde los miradores de El Escorial, era apenas imaginable entre los matorrales. El comercio que fuera el más florido en el siglo xvii por el tráfico de esclavos estaba reducido a unas cuantas tiendas en ruinas. Era imposible conciliar la gloria con la hedentina de los albañales abiertos. El general suspiró al oído de Montilla:

“¡Qué cara nos ha costado esta mierda de independencia!” (p. 176) y desamparo espiritual:

Su pensamiento debió escapársele de veras para los trapiches de la infancia, pues hizo un hondo silencio mirando el fuego agonizante. Cuando habló de nuevo había vuelto a pisar tierra firme. «La vaina es que dejamos de ser españoles y luego hemos ido de aquí para allá, en países que cambian tanto de nombres y de gobiernos de un día para otro, que ya no sabemos ni de dónde carajos somos», dijo (p. 190).

³³ En los momentos finales de la novela, Bolívar insultará agriamente a sus generales más fieles, a los que en ningún momento le abandonaron (pp. 223-224).

En resumen, la Independencia fue mal interpretada:

«Es una burla del destino», dijo el mariscal Sucre. «Tal parece como si hubiéramos sembrado tan hondo el ideal de la independencia, que estos pueblos están tratando ahora de independizarse los unos de los otros» (p. 26).

Creo que no es arriesgado asimilar esta situación de la utopía de la Independencia «unificada» con la utopía que había protagonizado América durante los 60, tras el triunfo de Fidel Castro. Muchos sectores de la izquierda hispanoamericana compartieron la opinión de que era posible extender desde Cuba el ideario de la Revolución. Sin embargo, la solución, tanto guerrillera como política, se había colapsado en la segunda mitad de los 70 con el fracaso de varios proyectos revolucionarios y el advenimiento de dictaduras militares. Por ello, se muestra la necesidad de reformular la utopía despojándola de sus contenidos míticos. Así, no me parece casual la entrevista que García Márquez hizo a Régis Debray a finales de 1977.

Debray era un escritor francés que durante los sesenta se había trasladado a Hispanoamérica para participar en la lucha armada de diferentes guerrillas. En aquel momento, había abandonado las armas y se había centrado en su faceta de escritor. Esto fue interpretado por algunos sectores de la izquierda americana como una desilusión y claudicación revolucionaria. Me parece que la defensa que hace Debray de un nuevo concepto de la revolución corresponde al planteamiento de García Márquez en la escritura de *El general*: «Creo en la revolución tanto como antes —sobre todo en la Revolución cubana—, y no creo ahora mejor que antes, porque ahora sé además por qué creo. Creo en la necesidad de terminar con los imperios y en la utilidad práctica de muchos de los teoremas y demostraciones de Karl Marx. Pero creo que a la revolución hay que quitarla en algún momento de su vida la odiosa mayúscula, para volver a darle la grandeza de lo cotidiano, de lo real, de los diminutos individuos que somos todos, con todo nuestro cuerpo, nuestros sueños y sensaciones. Todos estamos ya hasta los cojones de tantas personas morales como la Patria, la Revolución, el Partido, la Historia, la Humanidad —todos escritos con mayúsculas—, que a menudo han demostrado en la práctica su inmensa inmoralidad. Es necesario ir a ver de cerca cómo viven, cómo sueñan, como hacen el amor las personas físicas que se esconden detrás de esas palabras grandotas.

Hay que ver de cerca a los revolucionarios, hombres y mujeres, a los militantes anónimos que hacen la historia, cada día, sin saberlo.

García Márquez: ¿No estás tratando de hacer un poco de desmitificación histórica?

Debray: No es desmitificación, es una verdadera moral revolucionaria: descubrir no ya sólo el “porqué” sino también el “cómo”, decir lo que es y no lo que debe ser. Para eso, precisamente, está hecha la novela. La retórica política conjuga todos los verbos en tiempo futuro, mientras que la novela no se ocupa sino del presente, y sobre eso hay mucho que hacer, pues en general de lo que menos se habla es de realidad. Creo que fue Fidel Castro quien dijo alguna vez que el trabajo de masas consiste en prestar atención a los individuos, a las personas. Igual es el trabajo del novelista, no veo, pues, donde está la desilusión. El novelista se ocupa de los detalles porque la vida es una acumulación de detalles, de colores, de formas. De igual modo, el revolucionario verdadero tampoco puede quedarse en las generalidades»³⁴.

A pesar de esta llamada a la recuperación de la realidad tal como es, la utopía sigue siendo recuperable a través de la memoria («me inquieta a veces la falta de memoria, la falta de estudio sobre la propia historia nacional, esa mezcla de amnesia sobre lo propio y de enciclopedismo sobre lo ajeno que parecen algunos compañeros. Creo que la izquierda latinoamericana será más de izquierda cuando sea menos mundial»³⁵). *El general en su laberinto* defiende la recuperación de la identidad histórica, porque García Márquez en el fondo cree que las posiciones ideológicas no han cambiado desde la Independencia. La confrontación sigue estando entre los partidarios de la unidad hispanoamericana y los contrarios a ella, es decir, entre pro-bolivarianos y anti-bolivarianos:

«La verdad es que aquí no hay más partidos que el de los que están conmigo y el de los que están contra mí, y usted lo sabe mejor que nadie», concluyó. «Y aunque no lo crean, nadie es más liberal que yo» (p. 81).

Como ya dije en las primeras páginas de este artículo, el escritor colombiano es consciente de que el proyecto unitario es irrealizable, pero lo expone como meta para las desilusionadas masas hispanoamericanas. Como defendió de una manera velada Méndez, el escritor desmitifica la Independencia y a Bolívar para dar al Libertador la imagen de un hombre injustamente derrotado. Esta visión liga al pueblo hispanoamericano, víctima del caudillismo y la explotación extranjera, con la figura y, más importante aún, con el ideario de Bolívar. Por todo ello

³⁴ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «Revolución se escribe sin mayúsculas (Entrevista a Régis Debray)», *Alternativa*, n.º 146 y 147, 26 de diciembre de 1977 y 20 de enero de 1978, en Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *op. cit.*, 1999a, pp. 199-200.

³⁵ *Ibid.*, p. 201.

creo que no es arriesgado afirmar que en *El general en su laberinto* se intenta construir un mito para el futuro³⁶.

2.2. El mito para el futuro

Destruído el mito acartonado y viejo de la historiografía hispanoamericana, García Márquez se dispone a construir un mito vivo, una figura simbólica que empuje a Hispanoamérica hacia el futuro.

Mircea Eliade considera que un mito es aquella historia de características fabulosas-origenarias que en la sociedad en la que está instaurada se tiene como verdadera. Por lo tanto, el mito es funcional, tiene unas consecuencias en esa sociedad. En toda civilización el conocimiento del mito conlleva la adquisición de un poder mágico-religioso. En efecto, conocer el origen de un objeto, de un animal, de una planta, etc., equivale a adquirir sobre ellos un poder mágico, gracias al cual se logra dominarlos, multiplicarlos o reproducirlos a voluntad. De este modo, conocer el origen del mundo hispanoamericano nos puede ayudar a cambiarlo.

Eliade indica que una característica del comportamiento mítico es su convencimiento de que se puede regenerar la realidad³⁷ mediante la recuperación del mito a través de la memoria. En consecuencia, en la mayoría de las sociedades olvidar es morir, mientras que recordar es resucitar a una nueva vida. No cabe duda de que *El general en su laberinto*, por su trasfondo de novela histórica, es

³⁶ Ciertos sectores de la crítica se han esforzado por descubrir en la estructura profunda del personaje de Bolívar una repetición del esquema mesiánico de Jesucristo: llega al mundo para salvar a su pueblo; es condenado por su pueblo y acaba simbolizando una esperanza para el futuro (Ver Isabel RODRÍGUEZ DE VERGARA, *op. cit.*, pp. 197-224). Aunque no comparto tal interpretación, ésta demuestra de manera fehaciente que en la novela se aprecian significados que trascienden la propia identidad histórica de Bolívar.

³⁷ La visión mítica de la regeneración no es ajena a nuestra civilización occidental contemporánea. Esta visión procede del milenarismo cristiano: durante la historia del cristianismo se produjeron movimientos milenaristas que se enfrentaron a la Iglesia oficial, que los rechazó cuando el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Imperio. Su modelo de pensamiento se podría resumir en su convicción de que el mundo estaba corrompido y que se aproximaba la destrucción de las fuerzas del mal y la restauración del paraíso sobre la tierra. En el campo de las religiones, el milenarismo ha quedado reducido a unas pocas sectas cristianas de reciente creación, pero sobre todo influyó en los grandes movimientos totalitarios del xx: el comunismo y el nacionalsocialismo. El esquema es idéntico: el mundo es un caos; los elegidos lucharán contra las huestes del mal; los elegidos recobrarán la perfección del mundo.

un acto de memoria y, con ello, un velado comportamiento mítico. El citado polígrafo añade que también es reconocible un esfuerzo por recobrar la perfección de la realidad a través de la repetición de ciertas ceremonias, que representan los acontecimientos del origen. El narrador de *El general* incluye en su discurso y en el de los personajes momentos en los que se anima a repetir el hecho de la Independencia, a volver a empezar desde el principio:

«Ya tenemos la independencia, general, ahora díganos qué hacemos con ella».

En la euforia del triunfo él los había enseñado a hablarle así, con la verdad en la boca.

Pero ahora la verdad había cambiado de dueño.

«La independencia era una simple cuestión de ganar la guerra», les decía él. «Los grandes sacrificios vendrían después, para hacer de estos pueblos una sola patria».

«Sacrificios es lo único que hemos hecho, general», decían ellos.

Él no decía un punto.

«Faltan más», decía. «La unidad no tiene precio» (p. 106).

«¡Se echó a perder el mundo, viejo Simón!», dijo Lorenzo Cárcamo.

«Nos lo echaron a perder», dijo el general. «Y lo único que queda ahora es empezar otra vez desde el principio».

«Y lo vamos a hacer», dijo Lorenzo Cárcamo.

«Yo no», dijo el general. «A mí sólo me falta que me boten al cajón de la basura» (p. 126).

Esta afirmación se contradice con los posteriores actos del general, a quien se presenta en los últimos capítulos intentando repetir la guerra de la Independencia para recuperar la unidad:

A partir de entonces, aquélla había de ser su idea fija. Empezar otra vez desde el principio, sabiendo que el enemigo estaba dentro y no fuera de la propia casa. Las oligarquías de cada país, que en la Nueva Granada estaban representadas por

los santanderistas, y por el mismo Santander, habían declarado la guerra a muerte contra la idea de la integridad, porque era contraria a los privilegios locales de las grandes familias.

«Ésa es la causa real y única de esta guerra de dispersión que nos está matando», dijo el general. «Y lo más triste es que se creen cambiando el mundo cuando lo que están es perpetuando el pensamiento atrasado de España» (p. 206).

Bolívar no alcanza su objetivo, y parece morir en una situación aún más penosa que la que tenía al comienzo de la novela:

Examinó el aposento con la clarividencia de sus vísperas, y por primera vez vio la verdad. La última cama prestada, el tocador de lástima cuyo turbio espejo de paciencia no lo volvería a repetir, el aquamanil de porcelana descarchada con el agua y la toalla y el jabón para otras manos, la prisa sin corazón del reloj octogonal desbocado hacia la cita ineluctable del 17 de diciembre a la una y siete minutos de su tarde final. Entonces cruzó los brazos contra el pecho y empezó a oír las voces radiantes de los esclavos cantando la salve de las seis en los trapiches, y vio por la ventana el diamante de Venus en el cielo que se iba para siempre, las nieves eternas, la enredadera nueva cuyas campánulas amarillas no vería florecer el sábado siguiente en la casa cerrada por el duelo, los últimos fulgores de la vida que nunca más, por los siglos de los siglos, volvería a repetirse (p. 269).

Como sugiere este párrafo final («no lo volvería a repetir», «su tarde final», «se iba para siempre», «no vería florecer», «los últimos fulgores de la vida que nunca más, por los siglos de los siglos, volvería a repetirse»), Bolívar no regresará a completar su obra. Sin embargo, esto no quiere decir que su proyecto no deba ser retomado y repetido por el pueblo hispanoamericano. Ya hemos recurrido en otra ocasión a la siguiente cita:

«En el tercer viaje, a bordo del bote de vapor, como él lo llamaba, la obra de emancipación estaba ya concluida, pero su sueño casi maniático de la integración continental empezaba a desbaratarse en pedazos. En aquél, su último viaje, el sueño estaba ya liquidado, pero sobrevivía resumido en una sola frase que él repetía sin cansancio. “Nuestros enemigos tendrán todas las ventajas mientras no unifiquemos el gobierno de América”» (p. 105).

Como he señalado más arriba, en la obra periodística de estos años García Márquez insiste en la conveniencia de resolver los problemas de la América his-

pana mediante la unidad de todos sus pueblos, más allá de intereses particulares e ideologías³⁸. Es significativa la euforia que ha demostrado en las ocasiones en las que varios países hispanoamericanos han llegado a algún acuerdo, por muy general y básico que fuera. El 13 de julio de 1983 repasa del estado de Hispanoamérica cinco meses después de la reunión de Venezuela, México, Colombia y Panamá en Contadora. Llega a la ficticia conclusión de que todo ha mejorado y que ese acuerdo entre los jefes de Estado ha detenido los impulsos intervencionistas/imperialistas de Estados Unidos³⁹.

Recuperar el aliento de la Independencia es, entre otras cosas, conseguir una unidad sin tutelas. García Márquez no desea la intromisión de las potencias extra hispanoamericanas, ni siquiera cuando sus intenciones parecen buenas⁴⁰, del mismo modo que el Bolívar personaje rechaza los consejos europeos: «Así que no nos hagan más el favor de decirnos lo que debemos hacer», concluyó. «No traten de enseñarnos cómo debemos ser, no traten de que seamos iguales a ustedes, no pretendan que hagamos bien en veinte años lo que ustedes han hecho tan mal en dos mil».

Cruzó los cubiertos sobre el plato, y por primera vez fijó en el francés sus ojos en llamas: «¡Por favor, carajos, déjenos hacer tranquilos nuestra Edad Media!» (pp. 131-132). No obstante, este texto ha de entenderse no como una reconvencción a los europeos, sino como un aviso a navegantes contra los norteamericanos: «Ni tampoco se vaya con su familia para los Estados Unidos, que son omnipotentes y terribles, y con el cuento de la libertad terminarán por plagarnos a todos de miserias» (p. 227).

Quiero dejarlo aquí, porque pienso que queda ya suficientemente clara la función «mítica» de la figura de Bolívar. Pero no soy capaz de terminar sin hacer un último apunte. Ante el Bolívar literario de *El general en su laberinto* resulta imposible no acordarse de que García Márquez pensó, y quizás piensa, que Fidel Castro había demostrado, con el ejemplo de Cuba, que es posible una Hispano-

³⁸ V. Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «El general Torrijos sí tiene quien le escriba», *Alternativa*, n.º 117, mayo de 1977, en Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *op. cit.*, 1999, pp. 157-159.

³⁹ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «Contadora, cinco meses después», 13 de julio de 1983, en Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *op. cit.*, 1999^b, pp. 516-519.

⁴⁰ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «El fantasma para el progreso», 3 de marzo de 1982, en Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *op. cit.*, 1999^a, pp. 282-284.

américa próspera y libre⁴¹. No creo que se pueda afirmar, con la alegría que lo han hecho algunos comentaristas de la obra como Fabio Zambrano⁴², que el Bolívar de este texto sea un alter ego de Fidel Castro, pero la opinión que García Márquez tiene sobre Cuba sirve para concluir sin ninguna vacilación que el colombiano cree en el «milagro» hispanoamericano: una América grande, INDEPENDIZADA de la sombra de Estados Unidos. Vuelvo, sin quererlo, al mito de la unidad y de la Independencia.

CONCLUSIÓN. BOLÍVAR, LA OPORTUNIDAD DE HISPANOAMÉRICA

La fuerza de esta novela como configuradora de un nuevo mito es demostrable gracias a la violencia de la polémica que en Hispanoamérica se generó en torno a ella: los historiadores Germán Arciniegas y Fabio Zambrano la consideraron tan maniquea como los propios libros de historia⁴³, y la opinión pública colombiana se volvió a enzarzar en la vieja disputa entre bolivaristas y santaderistas⁴⁴.

Salomón Kalmanovitz advirtió, para su disgusto, que Gabriel García Márquez bajaba a Bolívar de su pedestal oficial, pero, al mismo tiempo, le subía en otro, adornado de nuevos y distintos oropeles: «El Bolívar de García Márquez escapa reventado del pedestal que le han inventado los académicos colombianos, un tanto humanizado, pero continúa preso de la discusión dogmática que ha cruza-

⁴¹ «La cruda verdad, señoras y señores, es que en la Cuba de hoy no hay un solo desempleado, ni un niño sin escuela, ni un solo ser humano sin zapatos, sin vivienda y sin sus tres comidas al día, ni hay mendigos ni analfabetos, ni nadie de cualquier edad que no disponga de educación gratuita a cualquier nivel, ni nadie que no disponga asistencia médica oportuna y gratuita, y medicinas gratis y servicios hospitalarios gratuitos a cualquier nivel, ni hay un solo caso de paludismo, tétanos, poliomielitis o viruela, y no hay prostitución, ni vagancia, ni raterismo, ni privilegios individuales, ni represión policial, ni discriminación de ninguna índole por ningún motivo, ni hay nadie que no tenga la posibilidad de entrar donde entran todos, o de ver una película o cualquier otro espectáculo deportivo o artístico, ni hay nadie que no tenga la posibilidad inmediata de hacer valer estos derechos mediante mecanismos de protesta y reclamo que llegan sin tropiezo hasta donde tienen que llegar, inclusive a niveles más altos de la dirección del Estado. Esta realidad deslumbrante no la conozco a fondo porque me la contaron, sino porque acabo de recorrer Cuba de cabo a rabo, en un viaje extenso e intenso en el que nada de interés se me quedó por escudriñar» (Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «Cuba de cabo a rabo», *Alternativa*, n.º 51, 52, 53, agosto y septiembre de 1975, en Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *op cit.*, 1999, pp. 61-62).

⁴² Cfr. Virginia GIL AMATE, «*El general en su laberinto: la historia como ficción*», en Túa Blesa, *op. cit.*, p. 534.

⁴³ Cfr. Virginia GIL AMATE, *art. cit.*, pp. 533-534. 44.

⁴⁴ José Miguel OVIEDO, *art. cit.*, pp. 74-75.

do desde tiempos inmemoriales al país de los partidos tradicionales: civilismo y dictadura, caribe descomplicado y cachaco retorcido, grandeza imperial y parroquia nacional. Al igual que el Bolívar de los académicos, *El general en su laberinto* aparece despojado de las circunstancias de su época, que aparecen sólo esporádicamente en la novela, y de las posibilidades históricas que le correspondió enfrentar⁴⁵. En consecuencia, critica a García Márquez por buscar en la idealización del pasado las soluciones al presente.

Sólo los fanáticos del Libertador pudieron ver una minusvaloración del héroe. De hecho, los bolivaristas americanos manifestaron contundentísimas quejas contra el libro que, según ellos, había profanado a Bolívar y había incurrido en mil incorrecciones históricas. No obstante, hasta los acérrimos enemigos de esta desmitificación humana reconocieron que el semblante ideológico del Bolívar literario resultaba claramente favorecedor⁴⁶.

Me gustaría terminar con la cita de Gastón Baquero, que aparca cualquier atisbo de racionalidad o de intención científica, para dedicar a la novela los vítores más encendidos: «¡Aquí está por fin, viviente, palpitante, humano, Simón Bolívar! No hay la menor mixtificación, ni hay mitificación exagerada y ridícula, o desmitificación grosera, como es lo frecuente con Bolívar. Quienes nos damos de amar mucho y conocer muy poco al Libertador, nos cuadramos ante Gabriel García Márquez como revivificador y mágico insuflador de existencia real en el ser de carne y hueso que fue Simón Bolívar.

«Este libro, me atrevo a decirlo, es absolutamente perfecto. Es increíble lo que este hombre ha hecho. Su penetración psicológica podemos regalarla como mo-

⁴⁵ Salomón KALMANOVITZ, «Otro académico desalmado», en Juan COBO y Luis GARCÍA NÚÑEZ, *op. cit.*, p. 285. También ve una idealización del personaje Francisco TOVAR, «*El general en su laberinto*, otra imagen pagana de la historia», en Túa Blesa, *op. cit.*, pp. 315-321. Se ha recopilado también una carta del expresidente de Colombia, Alfonso LÓPEZ MICHELSEN, dirigida a GARCÍA MÁRQUEZ, en la que también se habla del realismo en el tratamiento humano del personaje y de su idealización política, que a Michelsen no le parece del todo correcta: Alfonso LÓPEZ MICHELSEN, «Me devoré tu último libro», en Juan COBO y Luis GARCÍA NÚÑEZ, *op. cit.*, pp. 280-281.

⁴⁶ Enrique DE GANDÍA, en apariencia un bolivariano convencido, se molesta al comienzo de su artículo por la humanidad descarnada del Libertador, cree que no es necesario precisar detalles de la vida cotidiana que nos son comunes a todos los humanos. Pese a todo, considera que el fin de Bolívar se explica en sus justos términos: no es un libro contra Bolívar, como han dicho algunos críticos, por mostrar sus enfermedades y debilidades humanas. Es un libro que nos explica un fracaso que no es de Bolívar, sino de los pueblos o jefes federalistas hispanoamericanos» (Enrique de Gandía, «*El general en su laberinto*», en Juan COBO y Luis GARCÍA NÚÑEZ, *op. cit.*, p. 309).

delo a cien autores de vidas de Bolívar escritas para incluirlas en el museo de las estatuas».

(...)

«No he visto a nadie tratar a Bolívar con tanta delicadeza, con tamaño respeto como lo hace García Márquez en este libro, aun en los momentos en que los mentecatos y los remilgados pensarán que se está desconsiderando al héroe, deturpándolo, como atinadamente dicen los mexicanos»⁴⁷.

Es cierto. Estamos ante un Bolívar «viviente, palpitante, humano» para los que aman al Libertador, aunque no conozcan demasiado su historia. Porque, en realidad, lo que menos importa de esta novela histórica es la Historia. Su interés está en mostrar a un ídolo vibrante y nuevo, inspirador de futuras hazañas, héroe de una nueva Independencia que recupere la oportunidad de Hispanoamérica.

⁴⁷ Gastón BAQUERO, «Bolívar real y vivo», en Juan COBO y Luis GARCÍA NÚÑEZ, *op. cit.*, pp. 339-340.